

---

MARÍA DOLORES FERRERO BLANCO  
(Universidad de Huelva)

## *Las reacciones en Europa tras la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968*

---

*I. Las relaciones entre Praga y Moscú. II. Las reacciones en el Bloque Occidental: A) Los Estados Unidos; B) Alemania; C) Francia; D) Italia; E) Grecia; F) Los Países Bajos y Bélgica. III. Las reacciones en el Bloque del Este. IV. La escisión de los partidos comunistas occidentales: A) El Partido Comunista Italiano (PCI); B) El Partido Comunista Francés (PCF); C) El Partido Comunista Español (PCE). V. Conclusión.*

La invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 puso fin a la etapa de transformaciones políticas y económicas que se conoció como la “Primavera de Praga”. Pero la invasión no sólo tuvo efectos en el interior de Checoslovaquia, sino que modificó las relaciones entre los países de Europa Occidental, entre la Europa del Este y del Oeste y entre los propios países de Europa del Este y la URSS. Asimismo, cambiaron las apreciaciones de los observadores políticos acerca de la trayectoria de la Unión Soviética, y puso muy seriamente en cuestión la política de distensión que preconizaban sobre todo Francia y Alemania Federal, aunque finalmente ésta saldría reforzada <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Entre los ensayos más relevantes consagrados al estudio de la Primavera de Praga cabría citar, entre otros, los de C. CHAPMAN y M. SAYLEY: *August, 21st. The Rape of Czechoslovakia*, Foreign News Editor, The Sunday Times, Londres, 1968; Karen DAWISHA: *The Kremlin and the Prague Spring*, University of California Press, Berkeley, Ca., 1984; Miguel DELIBES: *La Primavera de Praga*, Alianza Editorial, Madrid, 1968; Galia GOLAN: *Czechoslovak Reform Movement. Communism in Crisis, 1962-1968*, Cambridge University Press, Londres, 1971; Jirí HAJEK: *Praga, diez años después (1968-1978)*, Seuil, París, 1978; A. JENKINS: *Prague Spring: a report on Czechoslovakia 1968*. Penguin Books Ltd., Harmondsworth. Middlesex. England, 1991; Jiri KOSTA: “Planteamientos económicos de la Primavera de Praga”, *Historia 16* n° 3 (1978), págs. 108 a 113; Zdenek MLYNAR (1978): “Democratización desde arriba y desde abajo”, *Historia 16* n° 3 (1978), págs. 98 a 101; Pavel TIGRID: *Printemps de Prague*. Seuil, París, 1968 y Z. A. B. ZEMAN: *Prague Spring: a Report on Czechoslovakia 1968*, C. Nicholls & Co.-Penguin Books, Londres, 1991.

Testimonios relevantes de dos de sus protagonistas más destacados son los de Alexander DUBCEK en *La vía checoslovaca al socialismo*, Ariel, Barcelona, 1968 y en J. HOCHMAN: *Dubcek. Autobiografía del líder de la Primavera de Praga*, Prensa Ibérica, Barcelona, 1993; así como el de Ota SIK en *El sistema de gestión económica*, Zero, Madrid, 1969.

La Primavera de Praga sería el último intento de reforma del socialismo real que tuvo lugar en Checoslovaquia antes del deterioro económico y social, ya cercano a la década de 1980, que a la postre condujo a la caída de los regímenes de Europa del Este y a la transición a la democracia. Desde 1964 a 1967 se había agudizado el enfrentamiento entre las dos posiciones lideradas por Novotny, Primer Secretario del PCCh, y Dubcek, Primer Secretario del Partido Eslovaco. El resto de los componentes de los diferentes organismos institucionales se habían ido situando a un lado u otro de los dos grupos y los debates entre ellos giraban en torno a tres temas de importancia primordial en el país: la economía, las relaciones del territorio checo con el eslovaco, y la libertad de expresión. Asimismo, se había puesto en marcha el Nuevo Mecanismo Económico (MNE), que Novotny presentó como un cambio transcendental para superar el estancamiento, pero que a la hora de las realizaciones chocaba contra los temores del aparato del Partido, y que finalmente no se llevó a la práctica <sup>2</sup>.

Desde el final del verano de 1967, en que había concluido el relevante e inconformista Congreso de Escritores, comenzó la más larga sesión del Comité Central del PCCh, que se prolongaría desde octubre de 1967 hasta enero de 1968. Fue esa sesión la que terminó con la elección de Dubcek como Primer Secretario del Partido en sustitución de Novotny. Desde enero hasta agosto de 1968 en Checoslovaquia se fue asentando una transformación política y económica, que parecía que la URSS aceptaba, pero que finalmente atajó en forma brusca con la entrada de los tanques en Praga <sup>3</sup>. La invasión provocó airadas reacciones a escala mundial, pero, sobre todo, un cambio irreversible en los partidos políticos y en las relaciones europeas Este-Oeste.

Para el presente estudio de las consecuencias que sobrevinieron en los diferentes países han sido de gran utilidad el análisis de los Despachos que en su día enviaron los embajadores españoles al Ministro de Asuntos Exteriores Castiella. En nuestra presentación de este material hemos dado un tratamiento separado al Bloque Occidental y a Europa Oriental, tras hacer una breve mención a las relaciones entre Praga y Moscú.

## I. LAS RELACIONES ENTRE PRAGA Y MOSCÚ

Durante todo el proceso de la Primavera de Praga, Moscú tuvo un comportamiento oscilante e inseguro. Pareció aprobar y reprobar alternativamente las medidas que iba tomando el PCCh, hasta tal punto que terminó siendo una sorpresa para todos la invasión de los tanques soviéticos. El propio embajador español en París, Pedro Cortina, calificó de “prudente” la actitud adoptada en un principio por la URSS, cuando no puso plazos ni fechas al proceso de Praga, ni dijo que fuera a actuar de ningún modo si los checoslovacos no cedían en su propósito. Sin embargo, después sobrevino la conocida invasión, que fue considerada un acto injustificado e imprudente por parte de

<sup>2</sup> El estancamiento económico no sólo afectaba a la modernización y comercialización de las empresas en general, sino que ahondaba en los desequilibrios entre Bohemia-Moravia y Eslovaquia. De hecho, hasta se dieron protestas porque con el NME todavía se protegía menos que con el sistema anterior la economía eslovaca. Véase Vladimir V. KUSIN: “Czechoslovakia: Dissent and Reform”, *Bohemia* nº 29/2 (1988), págs. 400 a 406.

<sup>3</sup> Una síntesis del proceso que condujo finalmente a la entrada de las tropas soviéticas puede verse en M<sup>a</sup> Dolores FERRERO BLANCO: “La Primavera de Praga, ¿reforma o revolución?”, en Carlos FLORES JUBERÍAS (ed.): *Estudios sobre la Europa Oriental*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2002.

la URSS, una reacción tan innecesaria y cruel que dio lugar a las mayores críticas en la prensa oficial. Llegaron incluso a decretar la prohibición de dirigirse a Checoslovaquia a turistas soviéticos.

A finales de agosto de 1968, la URSS decidió mantener a Dubcek en su puesto, pero ya se adivinaba el final del proceso que terminaría con su dimisión por no tener capacidad ninguna de maniobra. El acuerdo al que se había llegado entre las partes aseguraba que las tropas soviéticas saldrían de Checoslovaquia en dos meses y que, a cambio, Checoslovaquia reafirmaría su aceptación de la censura de prensa, su pertenencia al Pacto de Varsovia y al COMECÓN –de donde nunca había salido– y el aplazamiento de la libertad de asociación –que sin duda hubiera conducido, en un futuro más o menos lejano, a la creación de partidos políticos.

Durante todo el tiempo en que se permitieron los intentos reformadores, Checoslovaquia tuvo siempre una actitud conciliadora al máximo para con la URSS, pero lamentablemente el proceso empezó a descomponerse del todo en septiembre a pesar de las nuevas concesiones de Praga a la URSS. Las principales medidas tomadas a este respecto fueron las dimisiones de los que habían gestado el cambio: Jiri Hajek, Ministro de Exteriores, a causa de las críticas de la URSS respecto a la colaboración de Checoslovaquia con Yugoslavia y Rumania y a su papel en el proceso; Ota Sik, vicepresidente y padre de la reforma económica, por su intervención en la proyectada transformación; Josef Pavel, Ministro de Interior, por su apertura “excesiva” a la libertad de expresión y de prensa; Frantisek Kriegel, ministro del Presidium del PCCh, por no atajar la situación en su papel directivo; Jiri Pelikan y M. Marko, directores de la Televisión, por haber introducido en ella un gran margen de libertad; y a Zdenek Hejzlar, director de la Radio, por el tono y contenido de sus emisiones. En el plano de la Defensa, se suprimió la sección militar del Comité Central, al mando del General Prchlik porque Moscú sospechaba que pudiera actuar como Pál Maleter, uno de los colaboradores de Imre Nagy en Hungría, en 1956, que se pasó al lado de los húngaros rebeldes, oponiendo resistencia a las tropas soviéticas. El General Prchlik coordinaba ejército, policía y justicia y era el militar que había pedido una modificación del Pacto de Varsovia, con el que Dubcek estaba totalmente de acuerdo. Ambos asuntos le situaron bajo sospecha<sup>4</sup>.

Todas estas dimisiones no se pudieron cubrir con políticos prosoviéticos, lo que complicaba todavía más la salida de la crisis. A la URSS le faltó una verdadera comprensión de este movimiento y no alcanzó a valorar la identificación que Dubcek y Sboboda habían logrado con su pueblo. El Kremlin no pudo presentar la invasión como la respuesta a una petición de ayuda “de una importante fracción del PC” desde dentro de Checoslovaquia –como tenía planeado– toda vez que el rechazo en Checoslovaquia fue unánime. La situación estaba tan bloqueada que en la URSS se empezó a pensar en la sustitución de Dubcek por Husak, aunque ello significara un cambio drástico y un retroceso en la evolución de la política checoslovaca<sup>5</sup>.

Con una actitud tan negociadora como la mantenida por Dubcek, la mayoría de los observadores externos no consideraron en ningún momento la posibilidad de una

---

<sup>4</sup> Despacho nº 1.437, de 29 de julio de 1968, de Pedro Cortina, Embajador de España en París. Los Despachos de los embajadores españoles en los diferentes países europeos que se citan aquí y en lo sucesivo proceden todos del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid (AMAEX) 8441-2 y 8441-3.

<sup>5</sup> Despacho nº 1.739, de 21 de septiembre de 1968, de Pedro Cortina.

invasión porque –se decía por aquellos días– la polémica parecía haberse desarrollado entre los partidos políticos, pero no entre los Gobiernos del Bloque del Este <sup>6</sup>. Después de producida la invasión, entre agosto y septiembre, la URSS se debatió entre los intentos de control rígido sobre el área del Este y sus esfuerzos por dar una imagen a Occidente apoyo a la idea de la distensión. Esas intenciones fueron comprendidas perfectamente en los EE.UU.: la URSS separaba por completo su transparente deseo de dominio sobre “su” zona de influencia de su comportamiento con Occidente. En estos planteamientos quedaba tan claro el límite de su expansión en Europa, como su “derecho” a intervenir en lo que consideraba su parcela. Y del mismo modo concedió ese “derecho” a los EE.UU., pese a que a éstos les resultara muy conveniente utilizar frente a su ciudadanía –como sucedió en múltiples ocasiones– el argumento del “miedo” a la expansión de la URSS por Europa Occidental o, aún peor, hasta los EE.UU.

El reiterado mensaje de los EE.UU. de que su “sagrada” misión era defender en el mundo las libertades individuales y el derecho a la propiedad resultó muy rentable electoralmente en una sociedad que había desarrollado como ninguna otra la economía de mercado y que idolatraba los conceptos de beneficio y propiedad privada. La población jamás debería dudar de que sus dirigentes les protegían de potenciales agresiones comunistas y velaban por sus legítimas propiedades e intereses en todo el mundo. Ése era realmente el motivo de la “anticomunista” política exterior norteamericana, y no un real temor a la URSS. De hecho, en la documentación ya desclasificada en los EE.UU. abundan las pruebas de lo contrario <sup>7</sup>.

## II. LAS REACCIONES EN EL BLOQUE OCCIDENTAL

En el Bloque Occidental, los casos en que se dieron las reacciones más contundentes ante la invasión soviética de Checoslovaquia fueron, además de EE.UU., Italia, Alemania, Francia, Grecia y los Países Bajos. No obstante, el rechazo fue general en toda Europa Occidental, como lo fueron las manifestaciones de admiración hacia Dubcek por su prudencia y su actitud dialogante con la URSS, a la que ésta no había sabido corresponder.

### A) Los Estados Unidos

Los EE.UU. dieron una respuesta muy similar a la de 1956, con motivo de la represión húngara por parte de la URSS, aunque por las formas pudiera parecer que entonces respondieron con más fuerza. A la hora de la verdad, el interés primordial de

<sup>6</sup> Despacho n° 779, de 22 de julio de 1968, de Pedro Cortina.

<sup>7</sup> Así ocurrió en múltiples ocasiones en América Latina en donde las intervenciones estadounidenses sosteniendo o derribando gobiernos tenían únicamente relación con las conveniencias económicas de sus compañías multinacionales, y se calificaba de “comunista” a cualquier dirigente que pretendiera una política nacionalizadora, a la que tenían perfecto derecho como Estados soberanos. En uno de los casos más dramáticos, Vietnam, donde fue exhaustiva la propaganda y el intento de divulgar la idea de guerra defensiva para frenar el expansionismo de la URSS, está probado que, tras la retirada francesa de Indochina en 1954, la intervención tuvo como causa el deseo de explotar las riquezas minerales del país, aunque siempre fuera presentada como “lucha contra el comunismo”. AMAEX, despacho 1.909, de 14 de septiembre de 1968.

los estadounidenses en ambas situaciones fue el mantenimiento de las buenas relaciones con la URSS, y siempre estuvo claro que no iban a intervenir en modo alguno. Si en 1956 se había hecho todo un alarde de respuesta crítica fue porque convenía a la campaña electoral de Eisenhower airear el “apoyo permanente de los EE.UU. a los países que ansiaban ser libres”. Mas la realidad del apoyo no sobrepasó las vacías declaraciones, e incluso se dieron seguridades indirectas a la URSS de que sus acciones no tendrían costo alguno en las relaciones con los EE.UU.<sup>8</sup>. También se mantuvieron siete Asambleas en la ONU tratando de la cuestión de Hungría, pero nunca se amonestó ni sancionó seriamente a la URSS, ni se rechazaron las credenciales del nuevo Gobierno de Kádár<sup>9</sup>.

Por la documentación existente al respecto, hoy se sabe con certeza que la CIA conoció al detalle los preparativos de la invasión de 1968 –horarios exactos y lugares– y que el Departamento de Estado norteamericano no hizo nada para impedirlo. El General D. J. H. Polk, comandante del Central Army Group, estacionado en la frontera de Checoslovaquia con Alemania, tuvo puntualmente informado al Presidente Johnson, que supo el día y hora en que se iba a llevar a efecto la invasión, y que no ordenó siquiera la alerta de las fuerzas norteamericanas en Europa en la noche del 20 de agosto de 1968. Así tuvo la URSS la seguridad de que los EE.UU. no habían modificado su postura desde 1956 y estaban perfectamente de acuerdo en que cada potencia “atendiera” sólo a los problemas de su área<sup>10</sup>. Pero, por si dicha garantía fuera escasa, y para evitar cualquier tentación de sublevación militar, el Kremlin destituyó además al general Vaclav Prchlik –el único que había previsto que la URSS podía intervenir y que planeaba medidas concretas–, de la jefatura del Departamento de Defensa y Seguridad del Comité Central de PCCh, eliminando así la posibilidad de una respuesta armada checa si entraban las tropas soviéticas.

En 1968 EE.UU. no sintió la necesidad de aparentar preocupación, y hasta la prensa del país criticó profusamente la indiferencia del Gobierno, que ni siquiera se manifestó a favor del sector liberalizador de Praga como había hecho el Gobierno británico y había recogido *The Times* en Londres. Esta actitud llegó a ser comparada con el tácito acuerdo EE.UU-URSS de Múnich, y se publicó en la prensa que ese “juego

---

<sup>8</sup> Es suficiente recordar los dos telegramas que envió el Ministerio de Exteriores de los EE.UU. Uno, a su Embajador en Moscú, Charles Bohlen, y el otro, a Tito cuando se encontraba en la reunión de Brioni del 2 de noviembre tratando con Jruschov y Malénkov sobre la intervención en Hungría del 4 de noviembre. En el primero, del 29 de octubre, los americanos aseguraban al Gobierno soviético que “el Gobierno de los EE.UU. no ve a ninguno de los países miembros del bloque soviético como un posible aliado militar y no es de su incumbencia lo que los rusos hagan en Hungría”. Este telegrama llegó el 29 de octubre, cuando ya los rusos habían aceptado la declaración pública de que la revolución húngara había triunfado. Pero sirvió para animarles a la intervención posterior, pues incluso terminó con ciertas disensiones que existían en sectores del *Politburó*, que desde ese momento aunaron sus posiciones. En el segundo telegrama, del 2 de noviembre, EE.UU. insistía en que “el Gobierno de los EE.UU. no contempla favorablemente a esos gobiernos que están en relaciones poco amistosas con la URSS”. Jruschov y Tito contestaron que en uno o dos días resolverían el asunto. Véase: G. PÓNGRATZ: *Corvin Köz*, cit., pág. 14.

<sup>9</sup> Para una mayor profundización en estos aspectos, consúltese M<sup>a</sup> Dolores FERRERO BLANCO: *La revolución húngara de 1956. El despertar democrático de Europa del Este*. Publicaciones de la Universidad de Huelva, Huelva, 2002.

<sup>10</sup> Zdenek MLYNAR: *Night Frost in Prague: the End of Humane Socialism*. C. Hurst & Co., Londres, 1980.

neutral que se trae EE.UU. no es neutral, sino que beneficia a la URSS”. La pasividad y apartamiento del tema de los EE.UU. llegó incluso más allá cuando el Secretario de Estado norteamericano Rusk, llamó a su despacho al embajador soviético Dobrynin, y protestó formalmente por la propaganda que acusaba a EE.UU. de haber ayudado y enviado armas a Checoslovaquia. Protestando por el hecho de que se la pudiera ver como cómplice, EE.UU. estaba subrayando a la vez su ausencia de apoyo a la causa checa <sup>11</sup>.

Hubo otro sector de la prensa y de la opinión pública que se pronunció a favor de la actitud de los EE.UU. porque “más vale el comportamiento actual que vociferar, como lo hizo Dulles en 1956, para después no hacer nada”. Es más, a los rusos les había animado entonces a intervenir en Hungría la noticia de que los occidentales habían decidido intervenir también en Suez. Ese mismo sector, que prefería que EE.UU. no hiciera falsos alardes, también sostenía que su país no podía denunciar la intervención soviética y estar haciendo lo mismo en Vietnam. Los diplomáticos de los países del Sudeste asiático compartieron dichas opiniones y juzgaron con mucha más dureza la actitud de EE.UU. allí que la invasión de Checoslovaquia.

No obstante se daban excepciones y, aunque la mayoría de los estadounidenses eran condescendientes con la actitud pasiva de su Gobierno, existieron críticos notables como Z. Brzezinski –principal consejero en su día del candidato demócrata Humphrey– que atacó muy duramente desde el *Washington Post* la inactividad del Gobierno ante la invasión soviética; o Kraft, columnista reconocido, que también protestó muy duramente contra la connivencia entre las grandes potencias. A los EE.UU. se les criticó que siempre disculparan el empleo de la fuerza por su parte para “defender la libertad”, y el mismo comportamiento por parte de los rusos fuera tildado de “quitar la libertad”<sup>12</sup>.

Por su parte, el embajador español Merry del Val, afirmó certeramente que se veía a las claras que la Administración americana estaba dispuesta a hacer todo lo necesario para “enterrar ese serio incidente y que no se le atragantara como Hungría en 1956”.

También fue evidente que la invasión de Checoslovaquia trajo consigo un recrudecimiento de la Guerra Fría, como pudo comprobarse por la rápida retirada en el Congreso estadounidense de varias propuestas de reducción de armamentos, como las de los senadores Mansfield y Symington. En el mismo sentido, la OTAN tuvo una reacción inmediata desde que se conoció la invasión, aunque la sorpresa fue más política que militar pues –como se ha indicado–, los servicios de alerta no fueron sorprendidos. En concreto, se retrasó la evacuación de tropas americanas de Centroeuropa y se modificaron los planes de rotación del Pentágono con el argumento de la desconfianza creada: los 30.000 hombres que deberían haberse retirado de Alemania Federal y

<sup>11</sup> Despachos de 22 a 29 de julio de 1968, del embajador en EE.UU. Marqués de Merry del Val y Jaime de Piniés. AMAEX, 8441-3.

<sup>12</sup> Los EE.UU. habían intervenido ya en múltiples ocasiones “quitando la libertad”, incluso antes de la revolución de Hungría de 1956. La Administración norteamericana en época de Eisenhower, en 1954, había financiado la caída del presidente de Guatemala Jacobo Arbenz e impuesto en el país la dictadura de Castillo Armas por considerar que las reformas emprendidas por Arbenz y sus proyectos de nacionalización eran “socializantes” y podían perjudicar a la *United Fruit*, dueña del 10% de las tierras del país. Las ocasiones posteriores fueron numerosas en toda América Latina (Chile, Argentina, etc.). Sin embargo no lo consideró una intromisión ni un ataque contra la libertad de otro país. Véase M. A. JONES: *Historia de los EE.UU. 1907-1992*, Actas, Madrid, 1995.

regresado a los EE.UU. no salieron, y se habló en esos tensos días de que podría haberse producido el regreso de otros 30.000 hombres y de dos brigadas inglesas que ya se habían repatriado. En los EE.UU. se necesitaban argumentos para lograr mayores presupuestos y tener justificación para programas “defensivos”, y todo esto permitió dar un impulso al programa llamado “centinela”, precedente del escudo antimisiles de George H. Bush<sup>13</sup>.

## B) Alemania

Alemania, por su parte, reaccionó con alarma al ver a veinte divisiones soviéticas en sus mismas fronteras y Kiesinger propuso la celebración de dos reuniones: una de los países más importantes de la OTAN, y otra del Consejo de Ministros de la UEO, la sección militar de la CEE de la que Francia formaba parte. Aún así, Francia no aceptó, coherente con su política de distensión, porque pensó que esa reunión empeoraría las relaciones Este-Oeste.

Según el Encargado español de Negocios Miguel Solano, la reacción que se produjo en Alemania se convirtió en el principal problema para la URSS. Los sucesos de Praga extremaron la tensión ya existente entre ambos países: por parte de Bonn no se terminaba de aceptar el *status quo* salido de la guerra –las dos Alemanias– y el hecho de que los EE.UU. no fuesen a hacer nada por la unificación. Alemania podía aspirar, como mucho, a que los EE.UU. le garantizaran apoyo para su independencia, pero nada más. La mala relación también frenaba las aspiraciones del Gobierno de Bonn por conseguir armas atómicas después de que hubiera amenazado con no firmar el Tratado de No Proliferación Nuclear. Por parte de Moscú, la principal reivindicación era en esos días que Bonn reconociera a Alemania Oriental, y amenazaba inútilmente con apelar a los arts. 53 y 107 de la Carta de Naciones Unidas, ya obsoletos, y que implicaban en cualquier caso a todos los aliados, y no sólo a Moscú<sup>14</sup>.

En un primer momento, lo más grave de la intervención soviética en Praga para Alemania Occidental fue el freno que supuso para la *Ostpolitik* de Kiesinger y su entonces Ministro de Exteriores Willy Brandt, toda vez que sirvió de excusa a la oposición para desaconsejar la apertura hacia el Este. No obstante, tras un análisis más detenido de los hechos, se volvió a respetar esa opción porque se valoró que el gran error de la invasión soviética había subrayado positivamente la actitud abierta de Alemania Federal. También se temió inicialmente un resurgimiento del nacionalismo alemán más extremo, pero después no se dio nada parecido y Alemania vio reforzada su posición en Europa. La mayoría de los políticos europeos consideraban que la unificación sería más fácil cuando cayera Ulbricht –que estaba siendo muy criticado por haber sido uno de los más fuertes valedores de la URSS– y que Alemania sería

---

<sup>13</sup> Despacho de 27 de agosto de 1968, del embajador de España en EE.UU. Marqués de Merry del Val.

<sup>14</sup> Se refiere Moscú a la negativa de aceptación de los artículos de Yalta sobre el reparto de Alemania. No se había producido por parte de Alemania Occidental el reconocimiento de Alemania Oriental, a la que ni siquiera llamaban por su nombre, sino que la denominaban “avanzadilla de la URSS en Europa”. En caso de incumplimiento de los Acuerdos de Yalta, estaba estipulado que los Aliados podrían obligar a su cumplimiento de un modo forzoso. AMAEX, despacho nº 1.940/4-1, de 20 de septiembre de 1968, de Sánchez Bella.

indudablemente la primera potencia europea y la única capaz de hacer frente a la URSS<sup>15</sup>.

En suma, Alemania Occidental se benefició principalmente en cuatro aspectos de la invasión soviética de Checoslovaquia:

1.– Atribuyó a los efectos de su *Ostpolitik* el que países como Rumania y Yugoslavia se hubieran animado a desmarcarse claramente de la URSS, y el que Albania –aunque ya muy aislada desde que en 1956 tomara el poder Jrushchov–, también abandonara formalmente el Pacto de Varsovia después de la invasión. De este modo, concluiría que la actitud de la URSS, en vez de una ayuda para mantener el bloque monolítico, se había convertido en un elemento disgregador del mismo.

2.– La decisión alemana de reanudar de inmediato, y a pesar de lo ocurrido, sus relaciones con Hungría, Polonia y Bulgaria, debilitó la posición de Ulbricht, a quien Kiesinger y Brandt desprestigiaron y hasta culparon de la invasión por ser muy influyente en la URSS. Así, Alemania del Este quedó en entredicho entre sus propios aliados, mientras Alemania Federal ganaba en la consideración del Este y del Oeste.

3.– Alemania Occidental acusó a EE.UU. y a Francia de no haber defendido suficientemente a Centroeuropa al no apoyar con suficiente firmeza la política de distensión. A Francia la criticó por preocuparse sólo del afianzamiento de la CEE y a los EE.UU. por no haber impedido la invasión<sup>16</sup>. Brandt aprovechó la ocasión para difundir y realzar su teoría de la necesidad de proteger y reforzar el espacio de la *Mittleuropa*, sin distinguir entre países comunitarios y no comunitarios. Aunque ni Kiesinger ni Brandt manifestaron desacuerdo con la CEE y fueron partidarios de darle un impulso, realmente su verdadero proyecto no era ni una Europa Atlántica bajo la influencia de los EE.UU. ni el Eje París-Bonn soñado por De Gaulle, sino una idealizada *Mittleuropa*.

4.– Asimismo, Alemania Federal tuvo argumentos para considerarse el “gendarme europeo” frente al peligro de la URSS, y aun encontró un magnífico pretexto para fortalecer su rearme y no firmar el Tratado de No Proliferación Nuclear que se estaba estudiando en esos momentos. Incluso ejerció una gran presión sobre la necesidad de crecimiento de la OTAN, hasta el punto de que se propuso convocar una reunión especial de alto nivel para tratar de la nueva situación de Europa ante la crisis checa, cosa que EE.UU. no le permitió<sup>17</sup>.

### C) Francia

Francia fue la segunda beneficiaria de la crisis de Praga. El Gobierno francés –al igual que el alemán, aunque no con tanto éxito–, se reafirmó en sus tesis contrarias a la política de bloques y defensoras de la trilogía “*Entente-détente-coopération*”.

<sup>15</sup> Despachos n° 648, 667 y 688, del 14 al 24 de agosto de 1968, del embajador de España en Alemania Federal, José de Erice.

<sup>16</sup> José de Erice opinaba que los EE.UU habían conocido los planes de invasión soviéticos, dato que las fuentes han confirmado posteriormente (*vid. supra*).

<sup>17</sup> Telegrama del 27 de agosto de José de Erice.

Francia aceptó la interpretación de que la invasión había sido una consecuencia de no haber defendido con más firmeza la política de distensión Este-Oeste. En ese clima se convocó una urgente reunión del Consejo de Ministros de la que salió una firme condena de las consecuencias de Yalta y una denuncia de que los esfuerzos franceses no habían sido suficientemente respaldados por el resto de las potencias europeas<sup>18</sup>. El Ministro de Negocios Extranjeros, Debré, afirmó que la crítica a la política de bloques y a Yalta era en el fondo una crítica a Gran Bretaña por su importante papel en dicha cumbre; pero que, aún así, había que interpretar la invasión de Checoslovaquia como un alto en el camino de la distensión y seguir confiando en esa política<sup>19</sup>.

A la diplomacia gaullista le había fallado en ese momento su apuesta respecto a la URSS de no extremar nunca las diferencias para propiciar un acercamiento; política en la que fundamentaba su oposición al *status quo* de los bloques. Según esa teoría se debía confiar en que los países comunistas o socialistas tendrían una evolución política positiva –lo que parecía haber estado a punto de demostrarse con el proceso de Checoslovaquia– y por consiguiente se debían mantener unas relaciones de respeto para con ellos en la creencia de que terminarían llegando a ser democráticos. La inesperada actitud de la URSS, sin embargo, echó por tierra las esperanzas de Francia, que tuvo que admitir que la intención de la Unión Soviética parecía ser el mantenimiento de su bloque sin fisuras ideológicas, a costa de todo y contra todos. Aún así, las autoridades francesas se reafirmaron en su política de reconocimiento de la soberanía de los Estados y del principio de “no ingerencia”, sobre todo después del reciente éxito de la primera bomba H, y se enorgullecieron en esos días de su independencia respecto a los bloques<sup>20</sup>.

Alemania reprochó a Francia que su único interés fuera el engrandecimiento de la Comunidad Europea, en lugar de haber apoyado la propuesta de su soñada *Mittleuropa*, un espacio controeuropeo sin distinción entre países comunitarios y no comunitarios, en donde lo importante fuera desligarse de la política de los bloques y reforzar la seguridad propia<sup>21</sup>. Francia no respondió ni explicó ese prioritario interés suyo ni su deseo de que pudiera llevarse a cabo sin influencia de los EE.UU. En todo caso, el concepto europeísta de De Gaulle salió reforzado: era difícil discutirle a Francia la conveniencia de una Europa fuerte ante una URSS tan agresiva y tan cercana, aunque en el fondo todos –incluidos los EE.UU.– supieran que sólo actuaría en su área de influencia<sup>22</sup>. La responsabilidad atribuida por Francia a Gran Bretaña respecto a su destacado papel en los acuerdos de Yalta y las consecuencias que éstos habían tenido para las relaciones internacionales, fue otro argumento –además de su reconocido filatlantismo– para la explicar la tenaz oposición de De Gaulle a la incorporación británica a la Comunidad Europea. De hecho, pese a que Edward Heath la había solicitado por primera vez en 1961, su materialización no fue contemplada hasta la

<sup>18</sup> Despacho nº 271, de 26 de agosto de 1968, de Pedro Cortina.

<sup>19</sup> Despacho nº 1.638, de 2 de septiembre de 1968, de Pedro Cortina.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> En Alemania Federal se había perdido la fe en recibir un verdadero apoyo de los EE.UU. ya desde 1959 –en tiempos de Adenauer–, cuando Eisenhower recibiera a Jrushchov en Camp David, aceptando estudiar la retirada de las tropas de ambos países de sus zonas de ocupación. Adenauer lo vivió como un abandono de los EE.UU. y se aproximó más a la nacionalista Francia.

<sup>22</sup> De Gaulle había perdido su confianza en los EE.UU. desde la crisis de los misiles de 1962, tras la que consideró que Norteamérica había puesto en peligro a Europa sin importarle nada, con tal de retar a la URSS y demostrar su superioridad.

muerte de De Gaulle en 1969: sería su sucesor, Georges Pompidou –un negociador mucho más dialogante– quien posibilitara la entrada de Gran Bretaña en la CEE en 1973.

#### D) Italia

Italia dió posiblemente la respuesta más contundente de toda Europa Occidental a la invasión soviética de Checoslovaquia. Incluso su Partido Comunista se convertiría a raíz de ello un referente para el resto de partidos comunistas occidentales.

Desde la intimidatoria “Carta de los Cinco” de julio de 1968 hasta las conversaciones de Cierna y Bratislava, se sabía que el proceso checo estaba en peligro<sup>23</sup>. De hecho, ya en junio habían entrado en Checoslovaquia tropas especializadas de transmisiones en grandes furgones cerrados herméticamente, como centrales móviles, que estaban allí “de maniobras”, pero animaban en lo que podían al sector conservador ya que su intervención debía ser vista como respuesta a una llamada desde el interior de Checoslovaquia. Sin embargo, y ante la sorpresa de los observadores, el sector conservador no se alzó. Por el contrario, no reaccionó ante la abolición de la censura de prensa, ni cuando se llevaron a efecto algunas rehabilitaciones de antiguos condenados o cuando se publicó el Manifiesto de las 2.000 palabras que creó un verdadero foso dentro de las filas del Partido Comunista<sup>24</sup>.

La postura oficial del Gobierno italiano fue de distanciamiento respecto de Moscú y del resto de países del Pacto de Varsovia, y de hecho tuvo gestos diplomáticos explícitos para dar fe de ello, como la exclusión de los representantes de los cinco Estados invasores de la recepción celebrada en la Jefatura de Estado Mayor de la Marina, o la negativa de conceder visados en esos días para la entrada en el país del Ballet Bolshoi de Moscú o de la compañía de teatro de Varsovia. Igual que su homólogo

<sup>23</sup> La “Carta de los Cinco” fue firmada en Polonia el 15 de julio por los Comités Centrales de los Partidos Comunistas de Bulgaria, Polonia, Hungría, la República Democrática Alemana y la URSS. Estaba dirigida “a los compañeros checos” y era amenazante e intimidatoria si el PCCh seguía con sus cambios. Las posteriores reuniones de Cierna y Bratislava se habían mantenido entre los últimos días de julio y los primeros de agosto entre los líderes del PCCh y los de la URSS, la primera, y entre el “Pacto” y el PCCh, la segunda. Tras lograr Dubcek que se redactaran dos cláusulas claras respecto a la no injerencia, terminaron sin más acuerdos de importancia, pese a lo cual el 18 de agosto la URSS decidió llevar a cabo la invasión.

<sup>24</sup> El “Manifiesto” era un documento de acusación contra la degeneración del PCCh, muy explícito y hasta insultante, en el que (a) se criticaba que los checos hubieran aceptado ser dirigidos por hombres grises y sin experiencia de Estado, que no hubieran escuchado a nadie y que con ello hubieran convertido la confianza en los comunistas, anterior a la guerra, en desconfianza; (b) se denunciaba que la línea política incorrecta seguida por el PCCh hubiera transformado al Partido de un grupo ideológico en un grupo de poder; (c) se señalaba que la confusión entre Partido y Gobierno había provocado que se gobernara sin elecciones ni Parlamento; y (d) se denunciaba que el “aparato” se hubiera metido en todas partes (fábricas, cooperativas, movimientos ciudadanos etc.) y, además, que lo hiciera “en nombre de los obreros” –cosa que, de ser cierta, obligaría a culpar a los obreros de la crisis económica, los nombramientos erróneos y las pérdidas comerciales.

El “Manifiesto” fue secundado en pocos días por 2.500.000 firmas y los conservadores lo consideraron una provocación de la ciudadanía hacia el Partido. Despacho nº 1.411, de 25 de julio de 1968, de Pedro Cortina.

alemán, el Ministro de Exteriores del Gobierno Leone, Medici, manifestó sus dudas acerca de la oportunidad de firmar el Tratado de No Proliferación de armas atómicas “puesto que el bloque comunista está regido por un país tan agresivo” y, finalmente, no lo firmó. Hasta el Jefe del Estado, Saragat, hizo público un comunicado en el Congreso de la Democracia Cristiana impulsando a democristianos, socialistas y liberales –sin hacer mención del PCI, que expresó su decepción por ello– a que se unieran y participaran en la construcción europea, única forma de afianzar una Europa unida y fuerte frente a las posibles intenciones de la URSS<sup>25</sup>.

Por lo que se refiere a los partidos políticos, todos –incluso los comunistas– condenaron decididamente la invasión, y ello se hizo tanto en foros particulares de cada partido, como en el Parlamento.

– Los democristianos, con Mariano Rumor al frente, se reafirmaron en su ideario democrático y pasaron inmediatamente a cuestionar a los partidos comunistas del mundo. Los sectores más centristas de la Democracia Cristiana airearon las dificultades de colaborar con el PCI, y se congratularon de que, después de lo ocurrido en Praga, el sector de Donat Cattin y Galloni –democristianos de izquierdas– no tendría valor para volver a proponer más colaboraciones<sup>26</sup>. Les instaron a que denunciaran la falta de libertad de los países comunistas, y a que proclamaran su autonomía ideológica. Asimismo, retaron al PCI a criticar la política de Moscú y a no callar después de haber animado abiertamente a Dubcek.

– El Partido Socialista Unificado (PSU) de Tanassi, fue el que realizó una crítica más dura y negativa respecto a las posibilidades de evolución del Bloque del Este. Su portavoz dijo que los comunistas más independientes, con Stalin o sin él, sólo podían esperar la aniquilación. Calificó la invasión de Praga de prueba de que todo el sistema ideológico y político del comunismo era un “puro error”, puesto que negaba los derechos fundamentales y destruía la libertad. Ante estas afirmaciones, la fracción maximalista –el grupo de Lombardi–, fiel a su tendencia filocomunista, abandonó el partido contrariada por un más que previsible reforzamiento del centro-izquierda. De igual modo, los Socialistas de Petri recelaron también de los comunistas hasta que comprobaron su condena de la invasión sin reticencias.

– Los comunistas y socialproletarios condenaron –tíbilmente en un principio, pero rotundamente días después– la intervención, aunque también añadieron su condena a la política de bloques y a la agresión estadounidense a Vietnam. En cualquier caso el electorado desconfió, y el PCI fue cuestionado, pese a su trayectoria reciente, por mantener su denominación de “comunista”.

En síntesis, los sucesos de Praga beneficiaron en Italia a los democristianos embarcados en una reestructuración del centro-izquierda, y a los socialistas que trataron de acercarse a los democristianos y aprovechar el descrédito del PCI. Los perjudicados fueron el PCI y los socialproletarios<sup>27</sup>. En todo caso ello sería algo temporal, toda vez

---

<sup>25</sup> Despacho nº 1.909, de 14 de septiembre de 1968, de Sánchez Bella, embajador de España en Italia.

<sup>26</sup> Despacho nº 1.824, de 28 de agosto de 1968, de Sánchez Bella.

<sup>27</sup> Despacho nº 1844/2-A-2, de 3 de septiembre de 1968.

que pocos años más tarde el PCI volvería a tener una excelente imagen, hasta el extremo de que Aldo Moro les pidió su colaboración en las políticas de restricción económica que empezaron en la década de 1970, bajo la consigna del “Compromiso Histórico”.

En conjunto, sin embargo, los políticos italianos sí se pusieron de acuerdo en manifestar que se debía continuar con la política de distensión, ya que sería peor que la URSS pudiera quedar aislada. Por otra parte, y no menos importante, coincidieron en que era necesario tener presente que el comercio con Europa del Este era considerable en Italia y –como se señalaría desde el diario socialista *Avanti*– que era fundamental no comprometerlo <sup>28</sup>.

En cuanto a los medios de comunicación, en especial la prensa, cabe señalar que muchos apuntaron en un primer momento a un triunfo de Dubcek, quizás impresionados por el hecho de que hubiera logrado imponer a los soviéticos la celebración de las reuniones en suelo checoslovaco –se referían a Cierna y Bratislava–, aunque finalmente quedaron atónitos ante la entrada de los tanques en Praga y todos destacaron su decepción y su apoyo a los reformadores checoslovacos <sup>29</sup>. *La Nazione*, en un interesante análisis, indicó que los intentos de los líderes checoslovacos se asemejaban a los vistos en 1956 en Polonia y no en Hungría: el propósito de pactar los *Presidium* de Praga y Moscú recordaba a cuando Jrushchov y Gomulka lo hicieron, más que a cuando Nagy secundó la insurrección de su pueblo <sup>30</sup>. Esta afirmación es muy discutible: es cierto que la “Primavera de Praga” no fue como el levantamiento húngaro, pero tampoco fue como el trato de Gomulka con la URSS. A Dubcek le siguió de tal modo y con tal fuerza la ciudadanía de su país que lo consideraron su representante cuando él parlamentaba en nombre suyo, y esperaron su opinión sobre como actuar en momentos dramáticos. La confianza en Dubcek y el vínculo de éste con su pueblo estuvo fuera de toda duda en el proceso de la “Primavera de Praga”.

Por su parte, el *Corriere della Sera* expuso lo que consideró que era la opinión de Washington, según la cual la invasión de Checoslovaquia había sido producto de las contradicciones existentes en la política interna de la URSS, donde se debatían dos tendencias. Una era la neoestalinista, la más radical y monolítica, que era la compartida por la Alemania Oriental y la mayoría de los países del Pacto de Varsovia, y por los soviéticos, concretamente por el Ministro de la Guerra Grechko, el Jefe del Pacto de Varsovia Jakubovski y los *duros* del *Poliburó*, Shelest y Kirilenko. La otra era la tesis

---

<sup>28</sup> Señala Sánchez Bella que los socialistas tenían grandes intereses en el comercio y aportó los datos de crecimiento del comercio entre el Este e Italia: desde el primer semestre de 1967 al de 1968 las exportaciones se habían incrementado de 16.000 a 18.000 millones de pesetas; las importaciones, de 20.000 a 22.000. Despacho nº 1.862, de 6 de septiembre de 1968.

<sup>29</sup> En cualquier caso, Cierna fue una decisión de Breznev, pero sí fue al menos en territorio checoslovaco. El Encargado español Miguel Solano, sin embargo, no era tan optimista: subrayó que las reuniones fueron realmente en la frontera ruso-checoslovaca y que lo fueron de los *Presidium* respectivos, por lo que los indecisos podrían intimidarse ante el *Presidium* soviético y llegar a triunfar los novotnianos. Sin embargo, incluso con esos temores, afirmó descartar una intervención militar, aunque sí preveía serias presiones económicas o apoyos evidentes a la fracción novotniana. Solano se equivocó en sus apreciaciones. En las reuniones realmente se llegaron a redactar los puntos que exigía Dubcek, aunque con gran esfuerzo. Sin embargo, lo que nadie esperaba –la intervención– sí se produciría. Es justo añadir, no obstante, que ninguno de los observadores esperaba dicha intervención militar.

<sup>30</sup> Despacho nº 1.691, de 30 de julio de 1968, del del Encargado de Negocios Extranjeros Miguel Solano.

moderada, en la que se incluía incluso a China, partidaria de la distensión, y en ella se alineaban Súslov, Kosiguin, Podgorny y Polianski. En medio de ambas posiciones estaba Breznev que no se había querido arriesgar a ser defenestrado.

La prensa socialista –en especial el diario *Avanti*– alabó sin reservas la “vía checa al socialismo” y llegó a calificar la Conferencia de Bratislava como una “nueva Santa Alianza” que, en lugar de invocar al Derecho divino, invocaba al leninismo para impedir el derecho a discrepar. Los socialistas se lamentaron de que, por ese camino, cada vez sería más difícil que en Italia se pudiera colaborar políticamente con el comunismo <sup>31</sup>.

Finalmente, el periódico comunista *L’Unità* se hizo amplio eco de la postura de Yugoslavia y de los partidos comunistas japonés, finlandés, suizo, noruego, inglés, francés y español –entre otros– que apoyaban el “nuevo curso checoslovaco” y condenaron igualmente la invasión soviética.

En suma, en Italia se denunció el daño infringido por la invasión soviética a la reciente postura aperturista de la política europea y del bloque occidental. Además, se reiteraría lo equivocado de la política de distensión y de la *Ostpolitik* de Willy Brandt, y la decepcionante vigencia de los postulados de Yalta y Teherán. Por último, la crisis llevaría en Italia al fracaso de dos iniciativas específicamente propias: el intento de diálogo estimulado por el Vaticano para el entendimiento entre católicos y comunistas, y la estrategia del capitalismo italiano de transformar a los comunistas en “burgueses socialdemócratas”. Ese había sido el propósito de las ayudas occidentales a muchos de estos países o grupos, en la creencia de que el soborno, la corrupción y la elevación del nivel de vida tendrían esa consecuencia <sup>32</sup>.

### E) Grecia

En Grecia, el Gobierno aprovechó como en ningún otro país los sucesos de Checoslovaquia para afianzar su propia permanencia en el poder. Además de condenar la invasión, como habían hecho todos los países europeos y casi todos los del mundo que se manifestaron, utilizó el golpe soviético para hacer propaganda de sus puntos de vista y esconder el escándalo creado por su propia ilegitimidad. El Gobierno griego se mostró muy activo, instando a la ONU a tomar posiciones, hablando de la necesidad de consolidar las fuerzas de la OTAN, sugiriendo al resto de los países que debían “poner límites” a las actividades comunistas en su territorio y, sobre todo, aprovechando la ocasión para tratar de justificar su origen golpista diciendo que en Grecia tenían una amarga experiencia con el comunismo y que a ellos les hubiera esperado “el mismo amargo destino que a Checoslovaquia, de no ser por la revolución del 21 de abril”<sup>33</sup>.

Al mes siguiente de la invasión, en septiembre, el Primer Ministro, Papadopoulos se encontró justificado para explicar la imposibilidad de celebrar unas elecciones libres “hasta que no se esté seguro de no recaer en los males anteriores al 21

---

<sup>31</sup> Despacho nº 1.729/4-2, de 3 de agosto de 1968, de Sánchez Bella.

<sup>32</sup> Despacho nº 69, de 21 de agosto de 1968, de Sánchez Bella.

<sup>33</sup> Despacho nº 732, de 28 de agosto de 1968, del embajador de España en Atenas, José Manuel Aniel Quiroga. El 21 de abril fue la fecha del golpe de Estado militar.

de abril” y prometió que Grecia volvería a ser democrática y parlamentaria cuando se tuviera la seguridad de haber vencido a la amenaza comunista <sup>34</sup>.

Las asociaciones ciudadanas de periodistas, estudiantes y profesionales enviaron cartas a la ONU con el fin de propiciar un comunicado y expresaron su condena de los hechos en el acto del encendido de la antorcha olímpica para los inmediatos juegos de México que se celebraban ese año, haciendo un llamamiento para que fueran excluidos de los juegos todos los países que cometieron la agresión <sup>35</sup>.

La prensa, por su parte, mostró sus dos posiciones más comunes en los editoriales de *Elefteros Cosmos* –el diario comunista- y *Estia* –el diario del régimen–, ya que mientras el primero fue un reflejo de la nueva desunión de los partidos comunistas y expresaba sus disensiones internas, el segundo hizo un panegírico de cómo el Gobierno griego había librado al país de la peligrosa “moda antiamericana de Europa” y animó a todos a reconocer lo necesaria que para cualquier país era la unión con América <sup>36</sup>.

### F) Los Países Bajos y Bélgica

Por último, en los Países Bajos también se dio una respuesta contundente a los sucesos de Praga. La noticia de la invasión sorprendió a la Reina Juliana y al Gobierno de vacaciones, pero regresaron de inmediato y su condena fue firme e instantánea. El primer ministro De Jong y el Ministro de Exteriores reunieron a las comisiones competentes para informarles y realizaron una declaración final expresando su apoyo a la OTAN en esos momentos y denunciando el peligro de interrumpir la política de distensión y coexistencia pacífica.

Desde la muerte de Stalin en 1953, Holanda había contemplado con un fuerte escepticismo los comienzos del período denominado de coexistencia pacífica, hasta el punto de que en la década de los sesenta el Ministro de Exteriores M. A. H. Lunds se negó durante bastante tiempo a visitar los países socialistas, cuando ya lo hacían todos los ministros del resto de Europa Occidental. Después, cuando en 1956 sus miedos tomaron cuerpo y el mundo comprobó la intransigencia de la URSS con la represión del levantamiento húngaro, Holanda concibió la ayuda a Hungría como intervención militar, y así lo corroboró el embajador americano en La Haya, H. Freeman Matthews, cuando informó a Washington de que la contribución sólo económica que EE.UU. se proponía prestar al Gobierno de Nagy, no había satisfecho a Holanda <sup>37</sup>. En 1968, tras la nueva decepción de la actitud soviética, algo muy sustancial había cambiado en Holanda y el primer ministro De Jong manifestó que en su opinión los “acuerdos” de Cierna y Bratislava entre la URSS y Checoslovaquia no habían sido más que un *diktat* de la

<sup>34</sup> Despacho nº 761, de 5 de septiembre de 1968, de José Manuel Aniel Quiroga.

<sup>35</sup> Decía en el comunicado: “En la antigua Olimpia se competía para la paz. Los bárbaros quedaban fuera de sus puertas”. Despacho nº 743, del 28 de agosto de 1968, de José Manuel Aniel Quiroga.

<sup>36</sup> La clasificación que hace el diario comunista griego de los PC europeos es la siguiente: por un lado, la URSS y sus cuatro satélites (excluye a Rumania y Yugoslavia); por otro, los disidentes (Rumania, Yugoslavia y los PC de Europa Occidental); en un tercer grupo, Pekín, Albania y los PC asiáticos; y en un cuarto, Cuba. *Ibidem*.

<sup>37</sup> Duco HELLEMA: “Relevance and Irrelevance of Dutch Anti-communism: the Netherlands and the Hungarian Revolution, 1956-1957”, *Journal of Contemporary History* nº 30 (1995), págs. 169 a 186.

URSS, como el que se impuso a Gomulka en 1956. Seguidamente, felicitó al pueblo checoslovaco por su valor y autocontrol y sostuvo que seguía siendo firme partidario de continuar apostando por la distensión y la coexistencia pacífica<sup>38</sup>.

La postura de Holanda se materializó en numerosos gestos oficiales de rechazo a las tropas ocupantes, como la interrupción de la visita oficial al país de Promyslov, alcalde de Moscú; la cancelación de la proyectada visita de la flota soviética a Ámsterdam; o el comunicado que el embajador checo en La Haya, Pospisil, envió al Ministerio de Exteriores holandés diciendo que la entrada de los tanques era una violación del Derecho Internacional y de la soberanía checa y que se había infringido la Carta de Naciones Unidas. También se declaró oficialmente que en Checoslovaquia nadie había pedido ayuda a al Pacto de Varsovia, y que la entrada de los tanques en Praga había sido una violación de los tratados bilaterales de Checoslovaquia con cada uno de los cinco países del Pacto, cancelándose además varias visitas de autoridades holandesas a la URSS y a otros países del Pacto de Varsovia. A escala ciudadana, hubo minutos de silencio como protesta nacional y manifestaciones de centenares de jóvenes que entregaron cartas de protesta en las embajadas de los países agresores<sup>39</sup>. En La Haya llegó a darse protección especial a catorce embajadas por temor a posibles disturbios<sup>40</sup>.

De Bruselas, además de las habituales muestras de condena, se recogió ya en septiembre una declaración singular con referencia expresa a España de la Central Internacional Sindical Cristiana que dirigió un escrito a la OIT y otro a la Comisión de Juristas y que constituye el único caso de mención a España asociado a las condenas de la invasión soviética. En ella se solicitaba “la atención sobre la ciega represión que se abate sobre el País Vasco” y se denunciaba la emisión de un Decreto Ley por parte del Consejo de Ministros español que aumentaba las prerrogativas de los tribunales militares en detrimento de los civiles. Según ese Decreto Ley serían juzgados en Consejo de Guerra los que intentaran perturbar el orden público o combatir el régimen de Franco por lo que serían considerados delitos de “rebelión militar” las huelgas políticas, la difusión de propaganda subversiva, los sabotajes etc. Igualmente, la policía podría en la práctica decidir si una huelga era legal o ilegal y, en consecuencia, sus dirigentes serían juzgados en un tribunal militar o civil. También se informaba de que el propio Episcopado español se había pronunciado a favor de los principios esenciales de libertad sindical y de asociación<sup>41</sup>.

Por último, en otoño se celebró una sesión del Parlamento Europeo dedicada monográficamente a Checoslovaquia. En ella se condenó vigorosamente la invasión y se interpretó como una prueba de que la doctrina comunista no había sufrido ningún cambio. Se consideró perdida la ilusión de que el comunismo pudiera evolucionar en un sentido democratizador por lo que las únicas garantías para que éste no afectara a

---

<sup>38</sup> Se apreciaba con claridad que los tiempos habían cambiado. En 1956 los holandeses dudaron hasta extremos poco entendibles de que el levantamiento húngaro fuera realmente una revolución. En 1968, pese a que los intentos de cambio de los checoslovacos fueran mucho más moderados y limitados, les prestaron su apoyo, no dudaron de que podía ser el comienzo de grandes transformaciones y continuaron defendiendo la línea de la distensión.

<sup>39</sup> Despacho n° 982, de 22 de agosto de 1968, del Encargado de Negocios en La Haya, José María Lacleta.

<sup>40</sup> Despacho n° 992, de 27 de septiembre de 1968, desde La Haya.

<sup>41</sup> Despacho n° 624, de 9 de septiembre de 1968, del Agregado Laboral en Bruselas, J. M. Navarro.

Europa Occidental eran el reforzamiento de la OTAN y la CEE. Todos interpretaron que la ocupación de Checoslovaquia comprometía seriamente la distensión Este-Oeste, aunque después no se alteraron las relaciones ni económicas ni diplomáticas. A la postre, se publicaría una resolución de condena a la URSS, de felicitación para el pueblo de Checoslovaquia y con la promesa de acelerar en todo lo posible la consolidación de las comunidades europeas en la que se concebía a la CEE como institución protectora del área occidental <sup>42</sup>.

### III. LAS REACCIONES EN EL BLOQUE DEL ESTE

En el conjunto del Bloque del Este la sorpresa ante la intervención final fue notable, porque hasta el último momento hubo en el Kremlin posturas encontradas respecto a cómo reaccionar ante el proceso checoslovaco, y el resultado final de la crisis supuso una fractura considerable en su interior. Las posiciones más dignas de comentarios fueron las de Hungría, Rumania y Alemania Oriental.

La actitud de Hungría supuso tal vez el mayor desengaño para Dubcek, después del que le había causado la propia URSS, a la que él tanto creía haber cuidado para que no se sintiera desafiada con sus proyectos de reforma. En sus *Memorias*, Dubcek hace referencia en varias ocasiones a su admiración por Kádár, al que consideró un amigo hasta que se le hizo evidente su oposición frontal a las reformas que proponía.

A finales de marzo de 1968, el presidente del Consejo Húngaro, Jëno Fock, había declarado en París que su Gobierno apoyaba a Checoslovaquia. Incluso en julio, durante las reuniones de Dresde y Moscú de los países del Bloque, Hungría había llevado a cabo un papel conciliador para que no se condenara al equipo de Dubcek a través del Ministro de Exteriores János Peter –que había ensalzado la amistad checo-húngara– y del de Justicia –que había visitado Praga–. Pero el día 17 del mismo mes se produjo el cambio de Hungría, y dio comienzo una campaña contra los “revisionistas de Praga”.

La prensa extranjera lo atribuyó a las presiones de la URSS, Polonia y Alemania del Este, pero no fue menos importante el peligro que los cambios en Checoslovaquia representaban para Hungría. Era de esperar que en una Checoslovaquia democrática, la minoría de 600.000 húngaros que vivían en el país obtendría una autonomía similar a la que se proyectaba para las naciones checa y eslovaca. El peligro de un régimen mucho más abierto y libre tan cerca, fue decisivo en la opción de Hungría.

En Rumania, existió tras la invasión un cierto temor a las reacciones rusas, ya que el golpe soviético se dio muy poco después de que el Gobierno del país demostrara públicamente su solidaridad con Checoslovaquia. Algunos de sus políticos consideraron que había quedado muy al descubierto, aunque eran conscientes de que estaban un poco más protegidos por su amistad con China, que tanto incomodaba a la URSS. Rumania permaneció firme en su línea de ampliar en toda forma posible sus relaciones exteriores, al tiempo que optaba por una inflexible política interior con el fin de que la URSS no pudiera reprocharle jamás haber dado lugar a una disidencia –como venía ocurriendo en

---

<sup>42</sup> Despacho nº 450, sobre la XX Sesión Ordinaria de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa de Estrasburgo, de Pedro Messía.

otros países del Bloque— a cambio de mantener una independencia en política exterior que muchos no entendieron que la URSS permitiera <sup>43</sup>.

Ya el 21 de agosto, tras una reunión de los organismos más relevantes de la política rumana, Ceaucescu declaró que “las relaciones entre los países socialistas y con el resto del mundo deben ser cordiales y de respeto a la independencia de cada cual. Los países socialistas deben buscar sus propias vías para contribuir al triunfo de las ideas de Marx y Lenin”<sup>44</sup>. Además, calificó la invasión de los tanques rusos como “una violación muy grave de la soberanía nacional checa”, procedió a la convocatoria de una sesión extraordinaria de la Asamblea Nacional rumana para responder en conjunto todos los diputados, y decidió la salida de Rumania del Pacto de Varsovia <sup>45</sup>.

El embajador español Pedro Cortina hizo un análisis muy atinado de la situación. Sostuvo que no temía por Rumania porque este país había mantenido desde siempre una política exterior muy independiente de la URSS y la URSS, a su vez, tenía la seguridad de que en Rumania existía un puño de hierro en lo referente a política interior. El hecho de que surgieran discrepancias en algún sector del Partido, sin ser secundadas por el pueblo, no preocupaba a la Unión Soviética. Lo que realmente temía la URSS era una rebelión ciudadana, como la que había estallado en el 56 en Hungría o recientemente en Praga. Por otro lado, Rumania estaba rodeada de “repúblicas populares”, a diferencia de Checoslovaquia que limitaba con Alemania. No obstante, era la primera vez que Rumania manifestaba deseos de salir del Pacto de Varsovia y ello entrañaba un riesgo de consecuencias imprevisibles.

Todos estas manifestaciones habían tenido lugar como respuesta a la sutil advertencia que el Presidente Johnson había hecho a la URSS, por si osaba intervenir en algún otro país del Este, en un discurso que se interpretó como producto del temor a una intervención en Rumania o Yugoslavia. No obstante, la URSS supo leer el trasfondo del discurso y respondió dando seguridades a los EE.UU. de que no tenía la más mínima intención de repetir su acción de Checoslovaquia en ningún otro país del área <sup>46</sup>.

Por último, en la Alemania Oriental Walter Ulbricht consideró una torpeza de la URSS la intervención armada y se mostró abiertamente molesto por la posición favorable en que la invasión había dejado a Willy Brandt. Su política de distensión y apertura hacia el Este permitía afirmar que Alemania Occidental no había regateado esfuerzos para un entendimiento, mientras que Moscú había respondido con un acto que cerraba las puertas del diálogo, pese a lo cual Brandt reanudó sus relaciones con Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Bulgaria. Por ello Ulbricht entendió, acertadamente, que la imagen de Brandt tratando de aproximarse —aún con las grandes diferencias ideológicas existente— en pos de la paz, había quedado mucho mejor parada

---

<sup>43</sup> Despacho del 21 de agosto de 1968 de José Manuel Aniel Quiroga, embajador de España en Atenas.

<sup>44</sup> Discurso de Nicolae Ceaucescu en la Asamblea Nacional Rumana de 21 de agosto de 1968. Es digna de señalar la mención que hace del objetivo de seguir a Marx y Lenin juntos, sin diferenciación ni predilección alguna, a diferencia de Dubcek que declaró en sus *Memorias* que cuando estudió a Marx lo encontró democrático y a Lenin no. Ceaucescu no tenía interés en profundizar en sus discrepancias teóricas o filosóficas con la URSS. Sólo pretendía una independencia en su política exterior por los beneficios comerciales que ello pudiera reportarle y por preferencia personal, acorde con su alto grado de megalomanía. Pero no fue nada crítico con el sistema del socialismo real tal y como funcionaba.

<sup>45</sup> Comunicado del Partido Comunista Rumano de 26 de agosto de 1968. MAEX, 8441-3.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

que la de los dirigentes soviéticos, que eran quienes más debían mantener unas buenas relaciones con sus países hermanos. Ulbricht se manifestó horrorizado ante la posibilidad de que una “imitación” de las actitudes checas en su país pudiera conducir a un acercamiento a Bonn, y que la ansiada unificación alemana se hiciera bajo los auspicios de Alemania Occidental.

En definitiva, la intervención soviética en Praga dio lugar a una modificación sustancial de las relaciones entre los países socialistas, básicamente en cuatro líneas:

- Originó una fuerte tensión entre Moscú y Belgrado, al haber manifestado Tito su rechazo a la invasión y haberle acusado a la URSS –como de costumbre– de haber conspirado e intervenido en el proceso.
- Hungría pensó fundamentalmente en lo que la podía perjudicar el otorgamiento de un estatuto democrático a las minorías húngaras en la vecina Checoslovaquia, y aplaudió la invasión.
- Hizo que surgieran nuevos enfrentamientos entre Moscú y Bucarest ante el rechazo de Rumania a la intervención que, en este caso, llegó al extremo de que el país amenazara seriamente con abandonar el Pacto de Varsovia.
- Y finalmente, por lo que respecta al interior de la propia Checoslovaquia, se rompió la cohesión lentamente hilvanada por el equipo de Dubcek entre dirigentes y ciudadanía. Tras las dimisiones que habían tenido lugar por efecto de las presiones de la URSS, se hizo necesario nombrar por imposición a nuevos miembros del Gobierno, haciendo ya irreversible la situación.

#### **IV. LA ESCISIÓN DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS OCCIDENTALES**

La actitud de Moscú creó una brecha insalvable entre los partidos comunistas occidentales y el PCUS. Condenaron sin reservas la invasión los partidos comunistas de Dinamarca, Finlandia, Suecia y Noruega, si bien los embajadores españoles con frecuencia añadieron en sus informes al Ministro Castiella que consideraban la medida totalmente electoralista<sup>47</sup>. También el PC holandés lo hizo en el Parlamento de La Haya, aunque quiso diferenciarse del resto de los partidos de la cámara que apoyaban a la OTAN y les acusó de lamentarse en el caso de Praga, pero de no hacerle boicot a Indonesia, a donde seguían enviando a sus representantes a pesar de los recientes asesinatos, así como de no criticar las intromisiones de la URSS en China ni lo que estaba ocurriendo en Vietnam<sup>48</sup>. Así pues, sólo siguieron defendiendo a la URSS el Partido Comunista Portugués y su homólogo griego.

A corto plazo, las disensiones impidieron que se celebrase la Conferencia programada para el siguiente mes de noviembre entre los partidos comunistas europeos. A largo plazo, el conflicto daría lugar a la secesión oficial de los Partidos Comunistas Francés, Italiano y Español que declararían en 1976 su propósito de formar parte del

<sup>47</sup> Despachos n° 169 y 172, de 26 y 27 de agosto, del embajador de España en Dinamarca, Marqués del Romeral; Despachos n° 185, 215 y 221, de 2 y 30 de agosto, y 13 de septiembre, del embajador de España en Finlandia, José Luis de la Guardia; Despachos n° 388, 394 y 443, de 26 de julio, 2 de agosto, y 29 de agosto, del embajador de España en Noruega, Juan Serrat; y Despacho n° 522, de 28 de agosto, del embajador de España en Suecia, José Felipe Alcover.

<sup>48</sup> Despacho n° 995, de 28 de agosto de 1968, desde La Haya.

juego democrático y de no aspirar a ninguna representación en cargos políticos si no era con el aval de las urnas. Esta concepción común se concretó en 1975 en sendas declaraciones firmadas en dos actos públicos –celebrado uno el 12 de julio con la presencia de Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo, y otro el 15 de noviembre con la presencia de Berlinguer y Georges Marchais– que a la postre darían lugar al nacimiento del *eurocomunismo* y que supondrían un distanciamiento definitivo entre la izquierda de Europa Occidental y la Unión Soviética

A diferencia de lo que había sucedido con el comunismo soviético, el *eurocomunismo* fue positivamente acogido por los EE.UU. –según manifestaciones expresas del Presidente Carter–, de modo que otra de las consecuencias de la invasión de Checoslovaquia fue el empeoramiento de las relaciones entre las grandes potencias, ya que el resentimiento de la URSS ante la actitud de los EE.UU. fue seguido de un endurecimiento de posturas y un aumento de la tensión internacional <sup>49</sup>.

### **A) El Partido Comunista Italiano (PCI)**

La posición del PCI había sido de disidencia respecto de los posicionamientos soviéticos ya desde la represión de la Revolución húngara de 1956. Aun cuando terminó por no provocar un cisma, Togliatti manifestó ya entonces que se estaba produciendo un policentrismo y que sólo se podría llegar a la construcción del socialismo por vías propias de cada país, nunca a partir de un solo modelo. Pero desde que se empezó a difundir lo que estaba ocurriendo en Checoslovaquia, la postura del PCI fue mucho más radical y de total solidaridad y apoyo al movimiento renovador de Praga encabezado por Dubcek. Dos de los más significados representantes del PCI, Pajetta y Galluzzi, habían mantenido contactos con el PCF en París, en concreto con Waldeck Rochet, y hasta con Súslov en Moscú, tras las cuales, el PCI hizo las siguientes declaraciones:

“1.– La unidad del movimiento comunista internacional sólo puede lograrse, con la actual diversidad, si se funda en la autonomía e independencia de cada partido.

2.– El objetivo del PCI es llegar al socialismo mediante la unión de todas las fuerzas obreras y democráticas, laicas y católicas, que permitan la pluralidad de contribuciones de los partidos.”<sup>50</sup>

Aunque al principio había elogiado con entusiasmo el proceso de Praga, después de las tensiones de Cierna y Bratislava, Luigi Longo –secretario general del Partido– empezó a manifestar que “la nueva orientación política debería ser objeto de debates subordinados al espíritu internacionalista”. Se produciría así un movimiento casi pendular, en el que el PCI pasó de acercarse a los reformadores a apoyar la unidad comunista, ante el temor de ser visto como excesivamente heterodoxo, pero sin ser capaz de ocultar la admiración que suscitaba la evolución del PCCh. Frente a la mayoría de la prensa comunista que, en general, apoyaba a la ortodoxia soviética, *L’Unità* experimentó una evolución muy notable. Desde la posición que mantuvo en un primer

<sup>49</sup> Fernando CLAUDÍN: *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1977.

<sup>50</sup> Despacho nº 1629/4-2, de 20 de julio de 1968, del Encargado de Negocios Extranjeros Miguel Solano. Una demostración de esa nueva concepción se dio en los esfuerzos del PCI para llegar al denominado “compromiso histórico” con la Democracia Cristiana que tan caro le costaría posteriormente.

momento en que había señalado que lo importante entre los partidos comunistas debía ser la confraternidad y que no sería deseable una herejía en Checoslovaquia, ya a finales de agosto, y tras ver las reacciones de condena de todos los foros políticos y culturales, calificó de “fracaso” la actitud de la URSS por no haber sabido ver la cohesión que se había desarrollado en torno a Dubcek <sup>51</sup>. Desde ese momento, y pese a las dificultades de la situación, el PCI se mantuvo firme y siguió con su política de convocar a toda la izquierda en un Frente Popular. Su comunicado fue del siguiente tenor:

- “– La independencia de partidos y Estados debe ser totalmente respetada y consideramos que la lucha contra el capitalismo e imperialismo debe hacerse desde las ‘vías nacionales al socialismo’.
- No reconocemos ningún ‘partido-guía’.
- Reprobamos y disentimos respecto de la intervención en Praga.
- Solicitamos la retirada de las tropas soviéticas de Praga y libertad de acción para los checos.
- Nos unimos a las demandas de libertad para Dubcek y el resto de sus colaboradores.
- Criticamos al Gobierno italiano por permitir en nuestro suelo bases militares norteamericanas y criticamos a EE.UU. por la guerra de Vietnam.”<sup>52</sup>

En septiembre, el PCI hizo una nueva declaración por radio en la que manifestó no sólo su más enérgica repulsa ante los hechos de Praga, sino que propuso ayudar al régimen de Dubcek para que se restableciera y diera término a las reformas que tenía en curso. Incluso se empezó a estudiar una propuesta para promover, junto con el PCF, una conferencia de partidos comunistas de Europa Occidental para contribuir a la restauración de las correctas relaciones entre los países socialistas, a la vez que consideró necesario postponer indefinidamente la conferencia de los partidos comunistas convocada por Moscú a escala mundial <sup>53</sup>. Pero, aun habiendo realizado todas esas declaraciones, una de las mayores preocupaciones del PCI seguía siendo saber qué camino seguiría la URSS después de la conmoción de Praga. Con este fin, los líderes del PCI desplegaron en los primeros días de septiembre una febril actividad: Pajetta viajó a Londres, París y Bucarest; Galluzzi, a Yugoslavia y Bulgaria; y Cossuta a Moscú, siempre con el afán de explicar la posición del PCI, unificar posturas a la búsqueda de un consenso acerca de la independencia de partidos y Estados; y averiguar qué opinaban los demás acerca de la posición y la actitud de la URSS. Al PCI le interesaba sobremanera la próxima conferencia de los partidos comunistas, y se debatía entre su posición clara y contundente, y el deseo de no llegar al cisma y a la ruptura toral con la URSS.

Esa actitud pronto fue objeto de críticas por parte de la URSS y de Polonia, que le llamó “revisiónista” en su órgano oficial de prensa *Trybuna Ludu*. Pero a la vez que criticaba al PCI, la URSS también se apresuró a estudiar sus medios de persuasión, y el Secretario General de los sindicatos soviéticos, Shelepin, convocó a la Confederación

<sup>51</sup> Despachos n° 1.729, de 3 de agosto, y n° 140, de 27 de agosto de 1968, del embajador Sánchez Bella.

<sup>52</sup> Despachos n° 140, de 27 de agosto, y n° 1.862, de 6 de septiembre de 1968, del embajador Sánchez Bella.

<sup>53</sup> *Radio Free Europe* de 2 de septiembre de 1968.

Italiana de Trabajadores Socialistas y Comunistas –la CGIL–, para hablar sobre Checoslovaquia. Novella, el Secretario General de dicha organización, aceptó al invitación, pero la URSS exigió que acudieran todos los líderes de la CGIL. El Comité Director del sindicato contestó a la URSS que no podía dar órdenes a una confederación en la que no sólo había comunistas, sino también socialistas y que “los tanques todavía no habían llegado a Roma”. Finalmente decidieron no asistir y concentraron sus esfuerzos en reunirse con los sindicatos yugoslavos, franceses y checoslovacos. El PCI aceptó la decisión de la CGIL y desde la cárcel de Carabanchel en España, representantes de CC.OO. les escribieron manifestándoles su apoyo y agradeciéndoles su ayuda moral y material, como también hicieron las asociaciones cristianas de trabajadores <sup>54</sup>. Igualmente, la CGIL mantuvo encuentros con la CGT francesa para emitir un comunicado conjunto condenando la invasión <sup>55</sup>.

Por lo que se refiere a las relaciones con el Gobierno italiano, el PCI criticó duramente al Jefe de Estado Saragat por el comunicado en el Congreso de la Democracia Cristiana en el que excluyó a los comunistas de su llamamiento a todas las fuerzas políticas, y le reprochó también no haber atacado en absoluto la política de bloques ni la participación norteamericana en Vietnam <sup>56</sup>.

## **B) El Partido Comunista Francés (PCF)**

Por primera vez en su historia, el PCF no se solidarizó con la URSS, abandonando así la actitud sumisa que mantuvo tanto en el Pacto germano-ruso de 1938, como en el Golpe de Praga de 1948 o en el “56 húngaro”. Por el contrario, el partido expresó la decepción que había sufrido tras las esperanzas suscitadas por las reuniones de Cierna y Bratislava, y dio la impresión de haber aprendido la lección de su pasada historia y haber reflexionado respecto al aislamiento en el que se había movido entre 1947 y 1962, cuando concurría sólo a las elecciones, antes de la constitución del Frente con los socialistas. Desde 1965 socialistas y comunistas habían constituido la Federación de Izquierdas, de la que esperan una notable mejora de los resultados electorales.

Una de las iniciativas del “nuevo” PCF ante los cambios que Dubcek estaba promoviendo en Checoslovaquia, fue la propuesta de una reunión de los partidos comunistas europeos, al objeto de dar un apoyo más contundente a Dubcek y quizá hacer una declaración de principios que les dotara de mayor seguridad frente a la URSS. Sin embargo en ese momento, Luigi Longo, Secretario General del PCI, consideró más oportuno postponerla y celebrar por el momento únicamente reuniones bilaterales <sup>57</sup>.

El resto de los partidos de la izquierda francesa también criticó unánimemente la actitud soviética: la SFIO recordó la situación creada en 1938 y en 1948, y el PSU, con las mismas referencias, acusó a la URSS de estupidez y brutalidad <sup>58</sup>. Pese a todo, la imagen del bloque de izquierdas –la mencionada Federación de Izquierdas– se vio dañada tanto por la invasión soviética, como los propios sucesos franceses de mayo de 1968, y el PCF se hubiera encontrado en las peores circunstancias de su historia si

<sup>54</sup> Despacho nº 1.886, de 11 de septiembre de 1968, de Miguel Solano.

<sup>55</sup> Despacho nº 1.941/2-A-2, del 23 de septiembre de 1968, de Miguel Solano.

<sup>56</sup> Despacho nº 1.909, de 14 de septiembre de 1968, de Miguel Solano.

<sup>57</sup> Despacho nº 1.551, de 23 de julio de 1968, de Miguel Solano.

<sup>58</sup> Despacho nº 1.580, de 22 de agosto de 1968, de Pedro Cortina.

hubiera pretendido estar del lado de la URSS. Muchos partidos y antiguos simpatizantes del PCF se encontraron en un primer momento con dificultades para seguir en un mismo camino con él. Por propia supervivencia, no podía hacer otra cosa más que manifestar firmemente su condena de la invasión soviética. Repentinamente, el apoyo a la URSS o a Praga, se convirtió para todos en el termómetro más certero sobre la autenticidad del cambio del PCF <sup>59</sup>.

### C) El Partido Comunista Español (PCE)

Ya el 31 de julio, y desde las páginas de *Nuestra Bandera*, Santiago Carrillo se puso claramente de parte de Checoslovaquia, considerándose esta posición del PCE como la primera divergencia seria de entre los partidos comunistas occidentales y el PCUS. Además, el Comité Ejecutivo del Partido Comunista Español en el exilio emitió un comunicado el 28 de agosto a través de *L'Humanité* en el que se clarificaba su posición ante los hechos en los términos que siguen:

“El PCE ha expresado en su momento su simpatía por el PCCh y su apoyo a la política que el pleno de su Comité Central adoptó en enero pasado, así como la nueva designación del dirigente de su *Presidium*, Alexander Dubcek. Del mismo modo, el PCE ha manifestado su opinión contraria a la intervención en Checoslovaquia y ha estimado que la solución de los problemas de este país pertenecen al PCCh y al pueblo checoslovaco, ayudados por los Estados socialistas y los partidos del movimiento obrero y el comunismo mundial [...] Los sucesos de los últimos días confirman la urgente necesidad de tratar con mayor profundidad temas como las diferentes vías y modalidades de cambio hacia el socialismo, a la vez que afirmamos que las diferencias que han surgido no afectan en nada a nuestra apreciación del papel decisivo que tiene la URSS en la lucha contra el imperialismo, por lo que rechazamos la campaña antisoviética que pretende utilizar para sus fines lo ocurrido en Checoslovaquia.”<sup>60</sup>

Evidentemente, el PCE tenía que simultanear su firme apoyo a Checoslovaquia y su inequívoca condena de la invasión soviética, con la reafirmación del papel antiimperialista del comunismo internacional para no debilitar tampoco su posición antifascista dentro de la propia España.

## V. CONCLUSIÓN

En conclusión, la represión soviética de la Primavera de Praga dio lugar a una fisura definitiva entre los diferentes países del Bloque del Este, y entre los partidos comunistas occidentales y el PCUS. Asimismo, se produjo un cambio en la correlación de fuerzas de los países de Europa Occidental del que salieron fortalecidos, sobre todo, Alemania y Francia. Pero, como ya ocurrió en el “56 húngaro”, nada alteró el *status quo* entre los bloques, ni se modificaron las relaciones económicas ni comerciales. Por encima de todo, volvió a planear el espíritu de Yalta y el mantenimiento de las zonas de influencia fue la prioridad del orden mundial que había sido firmemente consagrado en 1945.

<sup>59</sup> Despacho n° 1.437, de 29 de julio de 1968, de Pedro Cortina.

<sup>60</sup> *L'Humanité* de 28 de agosto de 1968, enviado en el Despacho n° 1665 por Pedro Cortina.